

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

77 La primavera camporista



Todos teníamos que tener “un barrio atrás”. Militar en un barrio. Yo siempre había vivido satisfecho con lo que hacía por la *liberación nacional y social de la patria*, pero no bien estalla la primavera camporista siento que me falta eso. Me falta “un barrio atrás”. Me reúno con Héctor Abrales en su casa de la calle Las Heras, muy cerca del *Blasón*, que estaba en Pueyrredón y Las Heras y ya no está más. La vida de uno se puede narrar por los lugares de Buenos Aires en que estuvo. Al principio de la carrera, ahí, en el *Blasón*, le dije a una muy linda piba, compañera de Española II, creo, una frase que me había preparado para los levantes intelectuales: “Nosotros somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras”. Casi se muere. El *verso* es un arte que ha ido muriendo, que las minas ya no conocen porque los boludos de los tipos que andan hoy en día por la ciudad apenas si hablan castellano. Bueno, en esa época, con una buena frase te levantabas la mejor de las minas. A mí, las frases me sobraban. Con el *verso* era imbatible. El problema residía en que después, en los hechos (a una cuadra y media del *Blasón* había un hotel llamado –creo recordarlo bien– *Tourvillon*), uno tenía que mantener el nivel de excelencia que había desplegado con las palabras. Y esto podía pesarle a uno. Porque a medida que llegaba a la esquina, doblaba a la izquierda y se acercaba al lugar en que se desarrollaría la batalla final, el momento de la verdad, se decía: “¿Cómo mierda hago para llevar a esta mina a un orgasmo equivalente a la frase que le dije? ¿Qué tengo que hacer para conseguir algo similar a ‘Somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras’? ¿Y si ‘el compañero’ se asusta ante semejante desafío y no llega al altísimo nivel al que mi maldito logos lo ha condenado?”. Bueno, esto sólo era para decir que Abrales vivía a media cuadra del *Blasón* y yo lo fui a ver porque necesitaba “un barrio atrás”. Estaba comiendo. Abrales era el Turco Abrales. También era el Gordo Abrales. Parecía un príncipe de *Las mil y una noches*, ese libro del que Borges se afaná tantas cosas. Comía huevos fritos, papas fritas, bife de chorizo, mojaba el pan en el juguito, bebía vino tinto de un pingüino (que, a no dudarlo, tenía en su interior un formidable vino de Mendoza) y hablaba sin parar. Su mujer lo atendía con mucho amor. Era muy linda, inteligente. “Bueno, Josecito, ¿qué mierda querés?” Le voy a explicar pero él sigue hablando. “Ah, necesitamos algo de vos. Es para los Equipos Político-Técnicos. Necesitamos citas del Viejo.” “Hay miles de citas del Viejo.” “No, boludo. No es tan simple. Si no, no te lo pediría a vos. Necesitamos que nos hagas una selección de citas del Viejo. Pero de las que respalden nuestra línea.” “O sea, no pongo: ‘Se verá que no somos enemigos del capital sino sus verdaderos amigos’.” Se ríe con su enorme boca y se sirve vino. Me ofrece algo pero le digo que no, que a esa hora no tomo vino. “No, huevón. Eso dejáelo a los gorilas. Buscate frases duras y frases sobre la Ciencia. Nos armás una buena cantidad y sacamos un librito. ¿Sabés que hay unos pibes que editaron tus artículos y se reúnen para estudiarlos?” No sé qué cara habré puesto pero –otra vez– se caga de risa. “¡Mirá la cara de orgasmo que pusiste, ególatra de mierda! Sos de lo que no hay. Bueno, ¿nos hacés el librito?” “Sí, frases duras y frases sobre la Ciencia. Ahora escuchame, te quiero consultar algo.” “Dale.” “Necesito un barrio atrás.” “¿Vos? ¿Estás en pedo? Hacenos el librito y punto. Ese es tu ‘barrio atrás’.” “No, Gordo, en serio. Hoy si no tenés un barrio atrás nadie te toma en serio. Sos un descolgado. Un intelectual de mierda. No servís para nada.” Aparta el enorme plato y pide el postre. “Mirá, Josecito.” (El Gordo es mayor que yo. Me lleva como siete años. Es un veterano. De aquí que me diga “Josecito”. A mí nunca me disgustó que me dijeran así. Me embola que me digan “Juan Pablo”.) “Mirá, Josecito –dice y dice algo muy importante–, ahora hay que esperar que asuma Cámpora. Pero sobre todo hay que esperar que vuelva Perón. Yo estoy bien adentro del Movimiento. Es un despelote. Se sacan los ojos. Haceme caso. Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos. Entonces vemos. Si todavía querés tu ‘barrio atrás’ lo vas a tener.” Pueden creerme: eso dijo el Gordo Abrales. “Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos.” Perón venía a meter orden en el Movimiento. A imponer su conducción. Todo habría de tener un rumbo unitario desde su regreso: el que el líder señalara. Todos o casi todos creían eso. Algo más: la palabra “huevo” es chilena pero también mendocina. Tanto “huevo” como “huevo”. Yo las aprendí del Gordo, que era mendocino. Lo del “librito” con “la línea de ellos” muestra cómo se trabajaba. Todos podían tener “su” librito de Perón. Todos podían confeccionar uno que expresara “su” línea. Perón había largado frases para todas las líneas. “Tener un barrio atrás” era, de mi parte, una actitud –diría, tal vez, Heidegger– por completo inauténtica. Quería “un barrio atrás” porque era “lo que había que hacer”. No habría durado mucho en “mi” barrio. No tenía el temperamento de Horacio González, que, él sí, trabajaba en Flores. Tampoco hoy podría hacer lo que Horacio hace. Y “sos de lo que no hay” no sé si todavía se dice, pero se usaba mucho en esa época. Yo solía responder: “¿Qué es lo que no hay?”. Pocos días después tenía listo el “librito” con las citas del Viejo. Lo llamo al Gordo. “Ya está, Gordo. Pero creo que necesita un Prólogo.” “¿Y lo escribís vos?” “¿Y quién querés que lo escri-

ba? ¿Perón?” “Bueno, dale.” “Va a ser un Prólogo teórico, eh.” Aceptó. El Prólogo que escribí formó, después, parte de *El peronismo y la primacía de la política* y también de *Estudios sobre el peronismo*, que es el mismo libro pero con un pudoroso limado de los excesos de la época. Es el que editó Legasa en 1983. Ese libro –yo era demasiado ingenuo: ignoraba los poderes que la socialdemocracia antiperonista conquistaría en la academia, a la que no pude volver por cuestiones que desarrollé en dos novelas: *La astucia de la razón* y *La crítica de las armas*– determinaría mi aniquilación como escritor de ficciones en la carrera de Letras. Mis dos primeras novelas –muy valoradas como expresiones alternativas o críticas del poder militar y escritas y publicadas en el país– se evaporaron a partir de 1984. A joderse por obstinado peronacho que insiste en publicar (en 1983, cuando era la hora de Sebrelí y *Los deseos imaginarios del peronismo* y del *Club Socialista* y su poder en la academia!) un viejo libro de 1974 –con trabajos escritos desde 1972– en plena “primavera alfonsinista”. Pero ese Prólogo expresa buena parte del espíritu del camporismo. También niega las negras interpretaciones que se han hecho sobre la juventud peronista y la Universidad. Mi pasó por la Universidad del ‘73 fue de intenso trabajo. También el de otros profesores como Portantiero, Eggers Lan y el vertiginoso Horacio González de Ciencias Económicas, que daba clase en la playa de estacionamiento. Si transcribo el Prólogo es porque creo que hoy puede ser muy útil a los que busquen salir de una concepción secamente académica de la ciencia. Es el siguiente: “Durante muchos años, en nuestro país, se intentó separar la Ciencia de la Política. Fue una de las tantas maniobras del neocolonialismo. Apareció así un tipo especial de científico que unió su imagen a la del laboratorio cerrado y la Razón atemporal. Alejados de la realidad social y política de nuestro país, estos hombres vivieron condenados a generar verdades cuya utilización final caía en manos que ellos desconocían por vocación y por convicción. Pues el técnico, al carecer de un adecuado marco ideológico-político que le permita orientar su práctica, termina siempre por aceptar con pasividad el papel que la sociedad dependiente le impone. Su idolatría por la Ciencia, por el conocimiento objetivo, riguroso y verificable (valores todos que la cultura neocolonial se ha esmerado en inculcarle), lo conduce siempre a separar su práctica científica del mundo, para él, turbulento y engañoso de la historia. Atrincherado en su laboratorio, considerará que su misión en la vida es producir verdades objetivas y verificables, y dejar en manos de otros especialistas (los hombres de Estado o de Empresa) la utilización social y política de esas verdades. No jura por Dios ni por la Patria, sólo lo hace por la neutralidad de la Ciencia. Su pasión por los datos verificables, su trato cotidiano por las cosas, lo determinan a trasladar esos valores al orden social, al cual, necesariamente, termina por cosificar. Y ésta es su mayor tragedia. Porque no lo olvidemos: *las cosas, en sí mismas, son siempre reaccionarias desde que no expresan sino el orden establecido*. La acción política, que es la organización de la voluntad popular, es un acto de pura trascendencia, que niega y supera el orden establecido en función de valores siempre crecientes de justicia social. El hombre de Ciencia advertirá, de este modo, que sus valores más preciados, la neutralidad de su Ciencia y la objetividad y pureza de su Saber no son sino manifestaciones de una realidad trágica y total: la dependencia argentina en el campo del Saber, en el campo de la Ciencia. Es necesario, entonces, desmitificar esa entelequia de la neutralidad de la Ciencia, y demostrar que un técnico, en un país periférico-dependiente, no metropolitano, sólo puede asegurarse la honesta utilización de sus esfuerzos como investigador si une su Ciencia con los proyectos, las conquistas y las necesidades político-sociales de su pueblo. *Porque la ciencia no es neutra: o sus objetivos son marcados por los intereses de la nación o son instrumentados por el neocolonialismo para nuestro dominio*”.

No éramos vándalos de las SA que habíamos tomado “por asalto” la Universidad. Eso lo decía *Cabildo*, y qué otra cosa podía decir. Renegábamos de la “isla democrática” de los ‘60. El estudiantado vivía en un paraíso artificial. La policía entraba en todos lados. Era hora de que entrara en la Universidad. Se acabó la “isla democrática”. Somos parte del país de la dictadura. La “Noche de los Bastones Largos” (macartista y aberrante) arroja a los estudiantes a una situación de igualdad con los pobres, con la clase obrera. No hay privilegios para los pibes de clase media que se dan el lujo de estudiar. Aquí, el estudiantado se politiza. Basta, no somos privilegiados, nos cagan a palos como a todos. Nos meten canas en las aulas. Ahí es donde surge la frase de Alcira Argumedo: “Hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que 50 años de Reforma”. Se entiende: no lo hizo de bueno, no lo hizo a propósito. Lo hizo de bruto, de represor macartista, ultracatólico, cursillista y devoto de la Virgen María. Consiguió lo contrario: “Basta, compañeros. Se acabó la ‘isla democrática’. La cana entra en las Universidades como entra en las villas, en los sindicatos, en los partidos de izquierda, donde se le cante. ¿Por qué milagro habríamos de salvarnos nosotros? Somos parte de este pueblo y tenemos que seguir su suerte. Así nacen las Cátedras Nacionales. Ahora, en la primavera camporista, estamos preparando una Universidad unida al pueblo. Como lo estuvo en el

Cordobazo”. A mediados de enero de 1973 se le presentan dos documentos a Cámpora. Uno empieza así: “La Universidad Argentina ha servido siempre a los intereses de la oligarquía y el imperialismo como instrumento de ‘colonización cultural’. Esto se manifiesta en su estructura organizativa y en los objetivos y métodos de la enseñanza que imparte” (ADUP, Agrupación Docente Universitaria Peronista, *Envido*, N° 8, marzo de 1973, pp. 60/62). *Insistamos*: “La ‘entrada a palos’ de la Revolución Argentina significó introducir la realidad del país en la ‘isla democrática’. El estudiante comienza a vislumbrar que fuera de los muros universitarios existe un Pueblo que venía siendo proscrito, hambreado, reprimido, torturado, etc., desde 1955. En 1969 y en los años sucesivos, en las calles de Córdoba, Rosario y el resto del país, el estudiantado comienza a unirse al Pueblo en las barricadas, *comienza a reconocer una historia que desde mucho antes venía construyendo la clase obrera*. Así va asumiendo en las calles las luchas del pueblo trabajador, y contrariamente a los objetivos del ‘onganiato’ comienza a ver al pueblo de carne y hueso y su expresión política: el Peronismo” (*Documento conjunto de la Juventud Universitaria Peronista*, abril de 1973. Reunión del 9 de abril).

ORGANIZACIONES PARTICIPANTES:

Mar del Plata

J.P 17 de Octubre

La Plata

Federación de Agrupaciones “Eva Perón”

FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional. En la que militaba un muy joven Néstor Kirchner)

Y siguen innumerables agrupaciones. Son de Capital Federal, Rosario, Santa Fe, Entre Ríos, Chaco, Corrientes, Misiones, Córdoba, Bahía Blanca.

LA “OTRA” AUTOCRÍTICA DEL ERP

Entre tanto, el ERP (que no tenía estas preocupaciones) asesina al contraalmirante Hermes Quijada. Lo hace el ERP 22 de agosto, que se supone un desprendimiento “populista” de las fuerzas de Santucho. Fue una calamidad. Faltaban 25 días para la entrega del gobierno por parte de los militares. Pero el ERP desdenaba hasta tal punto la política que no le importaban las coyunturas históricas. Hermes Quijada, acusado de mentor de la masacre de Trelew y, para colmo, el que dio la grotesca explicación por la tele a la ciudadanía, tenía que ser boleta. No importaba si esto ponía en peligro la entrega del gobierno. Todo era lo mismo. La ultraizquierda no tiene matices. Todo es el “régimen”. Tanto Lanusse como Cámpora. La JP eran unos cuantos burguesitos seducidos por un líder bonapartista. La democracia, mierda. En medio de un París convulsionado al máximo, con policías que retrocedían, con estudiantes que incendiaban todo, Santucho les dijo a los jefes de la rebelión: “A ustedes les falta un mayor nivel de violencia”. Claro: el Mayo del ‘68 no mató a nadie ni tuvo una víctima para llorar. ¿Qué era eso para Santucho que de un plumazo liquidaba a Hermes Quijada a días de las elecciones? Después hará la autocrítica. ¡Tan tardía tu autocrítica, Robi! Tan inservible. Un gran amigo mío –un militante del ERP que arriesgó siempre el pellejo– se cagó de risa cuando se enteró de la autocrítica de Santucho. Y en medio de una ironía, de una autocrítica lacerante que le arrancaba lágrimas de dolor, de impotencia, de derrota, escribió la que, para él, debió ser la verdadera “autocrítica” del ERP. Antes, repasemos un fragmento, al menos, de la de Santucho: “*Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado*”. Yo vivía todavía en el barrio de Colegiales. Plena dictadura. Estábamos en la cocina. El erpio se llamaba Aníbal, y no digo más. Ahora hace artesanías, va a esas plazas donde se juntan todos esos locos entrañables, indefensos, que vienen de vuelta de cosas terribles o no vienen de nada ni van hacia nada. Esa tarde –en la cocina de mi casa– yo había hecho café y lo tomábamos con cognac. De pronto, Aníbal dice: “¿Querés que te diga mi autocrítica del ERP?” “Me muero por oírlo.” “Escuchá: *Primero*) Nos equivocamos en la política de masas. Nunca tuvimos una; *Segundo*) Nos equivocamos en la evaluación de las fuerzas enemigas. Creímos que no existían; *Tercero*) Nos equivocamos en no acompañar el reflujo de masas. Tanta poca bola les habíamos dado que ni sospechábamos a dónde mierda se habían ido. Desolados, nos preguntábamos: ‘¿Dónde se reflujiaron?’”.

No dudo que esto habrá de dolerle a más de uno. A mí también me duele. Pero es así: es la historia. De todos modos me atrevo a formular algo. Para mí, ni Santucho ni Firmenich. Pero si me obligaran a elegir: Santucho.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La primavera camporista (II)